

CARMEN LYRA, GUIA PARA ENNOBLECER NUESTRAS VIDAS

Poseía Carmen Lyra una singular disposición para la literatura: desde muy joven, en la composición literaria dió vuelo a la expresión de sus ideas y sentimientos. Su aguda inteligencia, bien cultivada, —cópilas lecturas, estudio gramatical de la lengua,— la llevaron a descubrir esos múltiples recursos del idioma que, en los buenos escritores, constituye un "estilo". Así logró, en tiempo relativamente corto, superar los ensayos de juventud y llegar a ser la primera autora costarricense de verdadero mérito.

Su obra de madurez literaria, a nuestro juicio, la componen la novela corta, titulada En una Silla de Ruedas, la originalísima e insuperada colección de cuentos populares llamada Cuentos de mi Tía Pancláta, la serie de relatos de Bananos y Hombrés, y su teatro para niños, todavía inédito, con piezas tan notables como Fantasia de Navidad.

La brevedad de esta nota no nos permite examinar aquí las brillantes cualidades de periodista de nuestra escritora: su sentido de la ironía y del buen humor, su agilidad para escribir con interés y claridad, su penetración original de los problemas sociales del momento, etc., etc.

Paralela a su vocación de escritora vivió Carmen Lyra su vocación de educadora del pueblo. Profesionalmente se formó en el Colegio Superior de Señoritas, donde obtuvo el título de maestra normalista. Durante varios años sirvió en escuelas urbanas y rurales; para los niños de Costa Rica, junto con otra distinguida educadora, publicó la mejor revista de esta índole que hasta hoy se ha realizado en el país; revista de la cual ambas generosas empresarias no sacaron más que deudas. Organizó una Escuela Maternal con técnicas pedagógicas modernas, observadas y asimiladas en su viaje a Europa; a esa escuela dió lo mejor de su experiencia de maestra. En la Escuela Normal de Costa Rica sus lecciones de Literatura Infantil, sirvieron para orientar a centenares de maestros en este campo, importantísimo, de la educación estética de los niños. En nuestra Biblioteca Nacional organizó una sala de lectura para niños y la actividad de la hora del cuento, también para los pequeños. Fué magnífica colaboradora en la redacción de textos de lectura para escolares, hay en esos textos muchas páginas salidas de su pluma en que se aunan la gracia de la escritora experta con las técnicas vigentes en la enseñanza del lenguaje. Su carrera profesional fué interrumpida varias veces, porque Carmen Lyra no vendió nunca su conciencia al presupuesto y su pluma salió siempre a combatir lo que su conciencia le indicaba que debía combatir.

Toda la obra de Maria Isabel Carvajal, la de escritora y la de educadora, toda su vida, ofrecen una nota común: su profundo sentido de humanidad. Carmen Lyra escribió siempre con intención de promover corrientes de superación en los lectores y de mejoramiento de la vida social. Educó con el mismo afán: mejorar la vida de sus alumnos. La literatura fué para ella, no un juego ingenioso de palabras, sino un ejercicio de bien social, que no por eso reclamaba menos gracia de originalidad artística, sino, por el contrario, exigía el mayor dominio artístico del idioma.

Por su cultura amplia, libre de prejuicios, por su sensibilidad alerta ante los problemas humanos medulares, como son la explotación de que son víctima los trabajadores, la falta de libertad de los pueblos avasallados por el rigor del coloniaje, la injusticia entrañada en un sistema social caduco, y por un sentimiento profundo de su deber de escritora responsable, de educadora democrática, de ciudadana libre y de ser humano pensante, sumó, decididamente, sus fuerzas a las del pueblo en brega por su verdadera liberación.

Sus últimos años fueron desvelo e incansable lucha para ayudar a nuestro pueblo a salir de su miseria y de su ignorancia. A esa tarea histórica se entregó sin escatimar nada, ni su comodidad personal, ni su salud, ni su propia vida. Como a los héroes capitanes de los barcos, en medio de la brega con la tormenta, la muerte la halló al pie del mástil.

En este aniversario de su muerte, sirvanos su memoria de alto ejemplo para alentarnos en nuestras horas difíciles, y de guía para ennoblecir nuestras propias vidas.

ACUSA POR...

—Viene de la Pág. 1ª

No puede el Instituto dicho alegar mala fé de estos agricultores, cuando han estado metidos en esos terrenos durante más de seis años y durante ese término no había reclamado ningún derecho sobre los mismos. En este momento la mala fé es más bien del Instituto.

Cabe recordar aquí que este Instituto es el único patrón que en la zona de Turrialba no le da vivienda a sus jornaleros agrícolas y que en esta forma le merma considerablemente el salario a sus trabajadores.

Así tratan los yanquis al verdadero pueblo costarricense. Esta es la democracia que dicen defender. ¿No sería mucho mejor que estos gringos se quedaran con su "democracia occidental" en su propio país y que no tratan de imponérsela a nosotros?

NOTAS DE DUELO

Por este medio damos sentido pésame a la familia de don Rafael Gaso Obando, de Puerto Cortés, por la muerte de su niñita, ocurrida hace pocas semanas en Finca 18.

Comité de la FOBA

Allianza de Mujeres Costarricenses, manifiesta por este medio su pesar por la muerte de la compañera doña Clotilde Rodríguez, ocurrida en la semana pasada. Recordamos que la c. Rodríguez, perdió un hijo en la guerra del 48, y que ella continuó siendo una magnífica militante de la A. M.C. Para ella nuestro recuerdo

Comité de A.M.C.

Carta Absurda

DE CARMEN LYRA A MR. CHITTENDEN

Reproducimos esta magnífica denuncia de Carmen Lyra sobre las condiciones de vida de los trabajadores de la United Fruit C^o, como un homenaje a su vida ejemplar con motivo del 6º Aniversario de su muerte. Es este documento que revela la forma valiente, decidida, como la gran escritora nacional puso su inteligencia al servicio del pueblo costarricense enfrentándose al poderoso pulpo bananero. Que sirva de ejemplo para los jóvenes intelectuales que sienten inquietudes y no se atreven a expresarlas.



CARMEN LYRA

Muy señor mío:

Esta es, sin duda alguna, una carta absurda, la carta más absurda que he escrito y escribiré en mi vida y lo más seguro es que no llegue nunca a manos de la persona para quien ha sido escrita, persona sumamente importante que no gasta su tiempo de oro en leer cartas absurdas.

¿Qué pensarán los criollos al servicio de la Bananera, que por casualidad lean esta carta? Quizá la vean como un sacrilegio, porque Ud. Mr. Chittenden es para la mayor parte de los ticos a su servicio algo así como lo que era Zeus para los simples mortales de la Grecia antigua. Ud. y la Compañía se confunden en una sola divinidad dentro de la mollera de estos individuos que se creen muy honrados por ser monaguillos del templo de la diosa de los bananos.

¿Y qué pretendió yo al escribir esta carta? ¿Conmover en alguna forma al destinatario? No tal, que si Ud. fuera capaz de conmoverse por lo que voy a decirle, ni yo tendría necesidad de dirigirme a Ud., ni Ud. sería el jefe supremo pues para llegar a ocupar el alto puesto que Ud. ocupa, hay que haber perdido necesariamente todo sentido de humanidad y considerar a los hombres como cosas que hablan.

¿Qué pretendo entonces? Tal vez sólo echar al aire el humo de los sentimientos que me están quemando el alma y que se formaron ante la humillación a que Ud., G. P. Chittenden, ha condenado a gran parte de mi pueblo en la región del Pacífico. Cuenta un viajero que él vió en China a una mujer gritar insultos desde el tejado de una casa. Buscó a quién iban dirigidos estos insultos, pero con gran sorpresa suya encontró que no iban dirigidos contra nadie y que nadie le hacía caso: los echaba a la calle, simplemente. En aquellos gritos salía todo el rencor que se le había ido quedando entre pecho y espalda durante mucho tiempo. Esta es una costumbre en algunos lugares de la China, y así se limpian sus habitantes la chimenea de la conciencia. Posiblemente yo sea en estos momentos como la mujer china que vió el viajero de mi cuento.

Mientras escribo esta carta, pienso en Ud., Mr. Chittenden, y en Mr. Zemurray y en todos los Misteres llenos de poder que mandan en nuestras tierras de la América Latina y ante los cuales se inclinan obedientes los Gobiernos. Y detrás de Uds., sirviéndoles de fondo, las masas de trabajadores humillados y tristes, exprimiendo hasta la última gota de sus fuerzas para que los grandes accionistas obtengan dividendos

extraordinarios con qué darse la gran vida.

Yo nunca lo he visto a Ud. G. P. Chittenden, ni siquiera sé cuáles son los nombres que inician esa G. y esa P. Me lo imagino el tipo standard de la gente que prospera al calor de los monopolios: un señor bien vestido, bien calzado, con anteojos, la fisonomía sin relieve de los que se han desgastado las facciones contra la dureza de las empresas en que el factor humano sólo cuenta como mercancía. ¿Y la iniciación de su gloriosa carrera? Quizá fuera semejante a la de todos los self-made-man que ponen de ejemplo en los libros de lectura de las escuelas: como Lafitte o como el potentado Rockefeller, etc., ¿Mister Chittenden? ¿A qué animal se parecerá Mister Chittenden? Y Ud. no debe ofenderse porque yo diga esto. A mi toda la gente, inclusive mis amigos más queridos me recuerdan algún animal... Pienso que Ud. no se parece a ningún animal... Ud. debe parecerse a un buen automóvil, con excelente motor y un sólido chasis, de los carros en serie que salen de las fábricas de Detroit cada hora.

Para servir a la United con eficiencia, se necesita tener las entrañas de metal de un automóvil.

Lo más probable es que Ud. sea un buen esposo, un buen padre de familia, un buen hijo, un buen hermano. ¡Pero qué dañino ha sido Ud. para los costarricenses!

El día que yo visité Parrita pensé mucho en la casa que posee Ud. en la Sabana: es una casa de estilo colonial como se usan ahora, pintada de blanco y azul, con su farolito de hierro trabajado a la entrada, sus barrotes de madera torneados en las ventanas, y si mal no recuerdo, con los indispensables cactus decorando la entrada. Me dijeron que allí vivía Mister Chittenden. ¿Cuán diferente su casa de la Sabana de las miserables viviendas de pedazos de madera, lata y trapos en donde se hacinaba la población de Parrita antes del incendio. Recorrí lo que por burla llamaban sus habitantes "Calle Central" y sentí el olor nauseabundo que la falta de excusados echaba en el ambiente pesado de la mañana y que hacía juego con aquellas moradas. Vi los campamentos que la Compañía ha levantado para recibir a los trabajadores que van a sacar la riqueza de los bananales. Al verlos pensé en el desprecio tan infinito que la United debe sentir por los trabajadores que siembran, cultivan y cosechan el banano. Por ahí cerca están las casas para los altos empleados de la Compañía, cómodas y decentes. Allí había hasta un campo de tennis. Los costarricenses y los extranjeros pobres se amontonaban en casuchas sucias, pegajosas, montadas las más en basas altas, lo que permitía que bajo ellas se improvisaran cocinas, comedores, dormitorios.

¿Qué distinta es su vida Mister Chittenden, de la de estos compatriotas míos que han ido a ganarse la subsistencia en Parrita, Quepos, Golfito! Sus niños, si es que Ud. los tiene, no pueden parecerse en nada a estos niños del color de la tierra, dolientes, cansados de vivir a los cinco años, que yo vi cargados con vasijas llenas de agua que acarrearán del río! Estos chiquillos no rien nunca como deben reír los suyos G. P. Chittenden. ¡Y estas mujeres valerosas que han seguido a su hombre a estos lugares despiadados! Parecen de palo o de hierro! Semejante a esta gente deben haber sido los colonos de los primeros tiempos de la Conquista. ¿Es posible que hayan pasado tantos siglos desde la conquista?

Para los habitantes de Parrita, la civilización no parece haber avanzado nada. ¿Qué no se improvisa una población así como así; que ya vendrá la segunda etapa con más comodidades? Tal vez para los empleados altos de la Compañía, pero no para los peones. Allí está el ejemplo del Atlántico que es bien elocuente para poner de manifiesto la cultura que es capaz de dar la United en medio siglo. A la par de las radios y de las refrigeradoras eléctricas, el rancho inundado por los ríos en el invierno, lleno de zancudos y de